

cedió la desertión de muchos soldados ya gracias á los manejos de sus antiguos jefes, como por el nuevo carácter que iba tomando el servicio militar tan opuesto al antiguo que acaba por constituir en favor de cada soldado un privilegio. Ahora se enseñaba como un deber el de empuñar las armas, y se enseñaba además, que ese deber imponía el tener que dejarlos tan pronto hubiese desaparecido la necesidad que lo había motivado. Por todas estas razones los antiguos militares no podían avenirse con el nuevo orden de cosas.

El ejército de Coblenz era sostenido en parte por los fondos de los emigrados, y principalmente por los socorros que le enviaban el rey de Prusia y el de Suecia Gustavo Adolfo, preparando además éste por su cuenta, un desembarco en las costas de Flandes y Normandía, y como esto no era un secreto, los hombres de la revolución, los mismos que consentían en una revisión de la Constitución en sentido monárquico para aliar la libertad con la monarquía, sentían al igual de los republicanos la necesidad de una conducta enérgica para imponer al extranjero el respeto debido, al derecho de Francia á disponer libremente su gobierno interior. Encontrábanse, pues, de hecho, frente á frente; la coalición monárquica y la Francia revolucionaria y el momento del choque solo dependía de que las potencias extranjeras olvidando sus rivalidades y contiendas se entendieran sobre la extensión que debía darse á su acción común en Francia.

Dicho se está que todos los reyes de Europa tenían puesta su vista en el emperador, pues fuera de su posición política, los lazos de sangre que le unían con los reyes de Francia, le indicaban precisamente para todas las iniciativas, pero ya se recordará cuan embrollado estaba Leopoldo II con los reyes sus vecinos. Este momento de la política europea ha sido ilustrado por Sybel de una manera completa, pues antes de su obra, á pesar de la grande importancia que para la historia de la revolución tienen los hechos del Oriente de Europa, estos eran poco menos que desconocidos, y los conocidos habían sido mal explicados.

Hemos dejado en la pequeña ciudad de Sistowa á los comisionados de Austria y la Puerta, para tratar de la paz entre estas dos potencias.—Diciembre de 1790,—paz, cuya conclusión se dilataba de día en día, porque Rusia no quería consentir que la Valaquia que poseían los austriacos y que había sido su conquista común volviera á la Puerta, pues la emperatriz Catalina no admitía guerra alguna sin conquista, y dicho se está que esta actitud obligaba

á Prusia y á Inglaterra á hacer armamentos para impedir el avance de Rusia sobre Constantinopla. Leopoldo, pues, dando largas á la conclusión de la paz, aseguraba por de pronto la de Europa.

De la misma manera procedía el emperador en Bélgica y Holanda, desentendiéndose de lo convenido en Reichenbach, pero mostrándose ahora más liberal, pues habiéndose por dicho tratado obligado á mantener la antigua constitución de Bélgica, ahora quería restablecer la legislación de María Teresa que había abierto el camino á las reformas de Jose II y asegurado los derechos de la corona.

Procedía en Hungría de una manera análoga. Como los eslavos habían contribuido mucho á su coronación, separó de la Hungría á la Transylvania y á la Iliria, creando gobiernos especiales; luego fué disolviendo la misma Iliria en varios gobiernos particulares, lo mismo hizo con la Styria y la Carniola; en Italia hizo lo propio poniendo á Mantua en frente de Milán, creyendo que al romper todos los lazos nacionales de los pueblos de su corona y levantando por encima de la nación el campanario de la ciudad ó del pueblo, había de soldar los intereses pequeños á su corona austriaca, asegurándose su adhesión.

Conocida esta política, la Puerta que estaba constantemente amenazada y oprimida por Austria y Rusia, quiso salir de su difícil situación y acudió á Prusia, Holanda é Inglaterra para que la protegieran. Esto sucedía en Marzo de 1791. Prusia é Inglaterra contestaron á la Puerta dando mayor actividad á sus armamentos, y los batallones y generales prusianos marcharon á la frontera rusa de la Lituania. Leopoldo II, era pues, nuevamente, el árbitro de la paz; pues si bien se había comprometido Kaunitz á hacer la paz con la Puerta, respecto de una guerra entre Prusia y Rusia, Kaunitz había pactado que toda guerra entre las dos potencias no había de dar por resultado ventaja alguna territorial para ninguna de ellas. ¿Qué iba, pues, á decidir el emperador?

Leopoldo como se recordará recibía por este tiempo de su hermana la reina de Francia carta tras carta para que acudiera en su propio auxilio y en el de su esposo. Leopoldo, como ya hemos visto, estimaba esto urgente y conveniente, pero para poder obrar era necesario que Leopoldo hiciera un cambio político de frente. Que renunciara á su alianza con Rusia, que renunciara á sus pretensiones á la posesión de Baviera y de Servia y que se uniera á Prusia. Solo de esta manera podía esperar unir á sus propósitos de intervención en Francia al rey de Prusia. Leopoldo resolvió, pues, hacer este

cambio. Envió á Berlín al príncipe de Reuss para iniciar la inteligencia entre las dos cortes y el rey de Prusia mandó inmediatamente á Viena al coronel Bischoffwerder, compañero y confidente de su rey. Este, inferior en talento al emperador, se dejó seducir por el brillante Leopoldo, pero en Berlín no hubo igual entusiasmo. Se desconfiaba del emperador, y al efecto se creyó prudente enterar á Inglaterra de lo que pasaba.

Pitt, comprendió enseguida que lo que le convenía era estrechar su alianza con Austria, proponiéndosela formalmente, y á su ejemplo en Berlín, cedieron todas las repugnancias, y bien que á espaldas de Herzberg se pronunció 11 días después, es decir, el 12 de Mayo de 1791 al emperador, la alianza formal de Prusia y Austria. Hé aquí el final que tuvo la política de Federico II y de José II. «Tal fué,—dice Sybel,—el origen de esta célebre alianza de las dos potencias alemanas que, dos años más tarde, armó á la Europa entera contra la revolución francesa; ayudó á la destrucción completa de Polonia y llenó á Alemania de mortales discordias. Pero en el momento de concluir ninguna de las dos partes contratantes podía prever un tal porvenir.»

Leopoldo, pues, disponía las cosas de tal modo, que tan pronto se decidiera á hacer la paz con la Puerta quedaba por su alianza con ésta como aliada de Inglaterra, en situación de dictar las condiciones de la paz entre Prusia y Rusia y este camino se lo preparó de una manera inesperada una transformación importante operada en Polonia.

Polonia era víctima desde hacía mucho tiempo de la anarquía gubernamental. «En todas épocas, una nación á la cual la depravación de las costumbres y las divisiones intestinas han quitado todos los medios de defensa, ha visto comprometida su existencia; pero en el siglo XVIII, en ese período de progreso, de conquistas y de fermentación, un Estado que no estuviera fuertemente acorazado por todos lados era inmediatamente aplastado. Esto se había convertido casi en una ley del sistema europeo; por lo menos es cierto que los pueblos no se inquietaban por ello en lo más mínimo, cuando sus intereses personales no entraban en juego. Podía, pues, Polonia prever la suerte que le esperaba, y debía haberse afanado en buscar los medios para sustraerse á su inevitable destino. Sin embargo, habían pasado 13 años desde el último tratado con Rusia sin que se hubiese dado un solo paso en favor de la regeneración moral del país. Como ya hemos dicho el mismo rey Estanislao pertenecía al partido ruso, pero de esto no debe incluirse que no amase á su

pueblo ó á su país, ó que careciera por completo de capacidad política y diplomática. Pero Estanislao no era más que una mediana inteligencia y un mediano carácter; su penetración sólo servía para ponerle en evidencia los daños que podía esperar de cada sistema y hacerle vacilar en la adopción de uno ú otro; era prudente por demás, por falta de energía, y además falso por falta de valor moral. Tenía la preponderancia amenazadora de Rusia y se esforzaba en prevenir toda manifestación de esta preponderancia; pues lo puesto en obra para conservar la peligrosa amistad de Catalina, y constantemente se encontró obligado á visitar á la czarina por tener que faltar una y otra vez á sus compromisos...

»El partido patriótico,—continúa Sybel,—no carecía ciertamente de celo, pero cuanto más apurada era la situación más lentamente avanzaba. Después de haberse puesto en ridículo en Europa pidiendo á dos filósofos franceses su opinión acerca de la constitución política que más convenía á Polonia, veía ahora que faltaba hasta lo más elemental para establecer una situación simplemente soportable. Los campesinos estaban completamente embrutecidos por su servidumbre; la organización urbana no existía más que en algunos puntos de la Gran Polonia en donde se habían establecido colonos alemanes. Como nación sólo la nobleza tenía algún peso, pero casi toda esta nobleza había experimentado una desmoralización política completa, á consecuencia de la licencia que reinaba entre ella desde antiguo. Detrás del valor personal y de la ardiente exaltación que le imponía, no se encontraba más que la ligereza y egoísmo... Además el gobierno no tenía dinero, ni administradores, ni tropas; la nación estaba dividida por el fanatismo y los odios religiosos; todos los partidos tenían aliados en el extranjero. Era, pues, evidente que la restauración de Polonia era imposible con los solos recursos del país.»

Polonia, pues, cuando por el tratado de Reichenbach vió que no se le cedía la Galitzia como se le había ofrecido concibió contra Prusia la más viva irritación, por esto atribuyó á los manejos de ésta, pero Polonia olvidaba que la cesión se hacía en cambio de Thorn y Dantzig y que Prusia había desistido de esa conquista ó anexión.

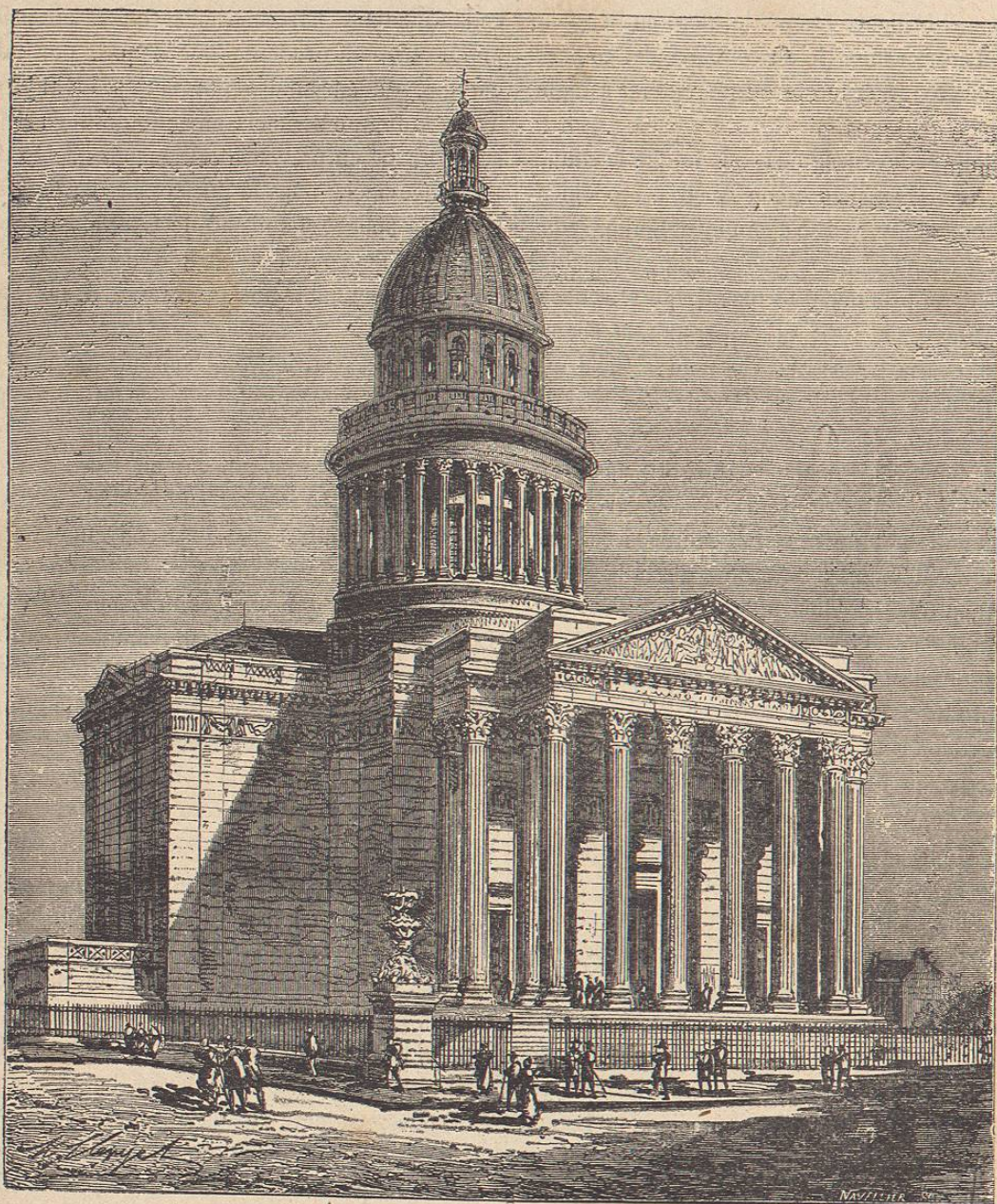
Leopoldo comprendió que aquí se le ofrecía una ocasión favorable para oponer á Prusia y á Rusia una barrera sólida á sus avances y á sus ambiciones, con sólo declarar el trono de Polonia hereditario, y llevar al mismo al elector de Sajonia que ya en otro tiempo ocupó por más de 60 años. Así se intro-



ducía hasta dentro del corazón de Alemania un Estado católico de 11 millones de almas amenazadas por la Prusia evangélica, y que cerraba el paso á la Rusia hacia Europa dejándole libre su acción en

Asia, Estado que por varias causas había de ser el natural aliado de Austria.

«Esas disposiciones del emperador dieron una nueva vida á las negociaciones que tenían lugar en



El Panteón (París)

Polonia respecto de la reforma de la Constitución. Las Asambleas provinciales se pronunciaron en favor de la corona hereditaria para la casa del elector de Sajonia y el rey Estanislao que hasta entonces, á despecho de algunas fluctuaciones, había estado siempre bajo la dependencia de Rusia, pasó al partido de los patriotas de una manera definitiva, dando enseguida una ley sobre los Estados provinciales y otra sobre los derechos políticos de las ciudades.

Durante ese tiempo, los partidarios de Rusia y los del antiguo sistema se movían activamente: cruzáronse multitud de intrigas, sin que nadie previera cuándo y de qué modo aquéllo acabaría, cuando, el día 3 de Mayo de 1791, se verificó un cambio de los más inesperados. En este día los alrededores de la dieta fueron ocupados por las tropas, el rey apareció entonces seguido de una fuerte escolta militar, y ordenó la lectura, en vez de la orden del día, de una

proposición del ministro de Estado, relativa á sus relaciones con las potencias extranjeras. Esta lectura tuvo lugar á pesar de las más vivas protestas del partido ruso. Resultaba que de las relaciones de diversos embajadores poloneses que se debían tener nuevos planes de reparto por parte de Rusia y Prusia y sobre todo la toma violenta de posesión de Thorn y Dantzig por esta última potencia; por lo que en vista de las circunstancias, los gobiernos amigos de Polonia no vacilaban en asemejar la pronta adopción de una nueva y sólida Constitución.

Esta Constitución que sobre la marcha se pro-

puso á la adopción de la Asamblea, y que un diputado de la nobleza propuso que se adoptase por aclamación como así sucedió conforme al plan trazado á la víspera en el palacio Radziwill, no tenía más que doce artículos, relativos á los campesinos cuya suerte se mejoraba, sobre los derechos políticos de la burguesía que se aumentaban, formación de dos Cámaras y la de un ministerio independiente, abolición del *liberum veto*, y en fin, la declaración de que la corona de Polonia era hereditaria en favor de la casa de Sajonia.

Puede comprenderse el efecto de estos sucesos en



DE FERSEN

Berlín y San Petersburgo, recordando que había sido la ambición de Prusia la que al parecer los había motivado, y como en Rusia la existencia de una Polonia independiente se consideraba como un peligro nacional, resultaba que ni el rey Guillermo ni la zarina estaban dispuestos á aprobar el golpe de estado de Varsovia. Pero pronto en Berlín se echó de ver el partido que se podía sacar del enlace de la princesa real de Sajonia con un príncipe prusiano, y esto le decidió á aceptar, y como Leopoldo presintió también esta eventualidad y temió haber trabajado en provecho de los otros, volvió á sus ideas belicosas inclinándose de nuevo del lado de Rusia, quien al verse apoyada por Austria, consintió lo hecho en Varsovia no sin reservas mentales, á condición de contar con Austria contra Prusia, y esto era lo hablado y convenido en los mismos días en que se disponían para reunirse en Pillnitz, cerca de Dresde, Federico Guillermo y Leopoldo para darse nuevas explicaciones y segurida-

des conforme había solicitado este último á raíz de los sucesos de Mayo.

«Como ya lo hemos visto, Leopoldo, durante toda la primavera estuvo exhortando á su hermana á que tuviera paciencia y resignación, procurando disuadirla de toda empresa aventurada. Mas aún se resistía á ceder á los ruegos de los príncipes emigrados. Esos príncipes que por ese tiempo sitiaban las cortés alemanas é italianas pidiendo socorro, encontraban en todas partes la cortesía más completa, y aquí y allá, algunos auxilios, pero en parte alguna encontraban la menor disposición en favor de una intervención armada. España y Cerdeña se mostraban pródigas en planes según los cuales las otras potencias debían salvar el trono de Francia; Nápoles consentía en conceder algunas pensiones; el rey de Prusia se declaraba pronto á dar un socorro armado si Luis XVI lo reclamaba y pagaba los gastos. En cuanto á Leopoldo les daba los mejores consejos, pero al mismo tiempo obtenía de